

DEL HISTORIADOR Y EL FILOSOFO



Jorge Enrique Guier

Según Raymond Aron, el modelo para lo que debe considerarse una narración histórica tipo, es el libro de Tucídides sobre la guerra del Peloponeso. Escribir esta historia no es otra cosa para Tucídides que contar como los atenienses, movidos por su orgullo y voluntad de llegar a ser poderosos, desconocieron los consejos de Pericles, y acabaron por sucumbir, a pesar de su heroísmo y de sus esfuerzos sobrehumanos.

Tucídides toma todos los hechos guerreros en su libro de historia y los va relatando sin desfigurarlos, sin actitud crítica, hasta donde eso es posible en el ser humano. Cuenta el historiador griego toda la historia de tal manera, que resulta estilizada y racionalizada, de modo que el relato histórico se transforma en la narración singular de episodios sucesivos. Este sistema ha sido empleado por la mayoría de los que escriben historia, desde los mejores hasta los peores, y así por medio de ellos el mundo ha ido conservando en fragmentos todo lo que se hizo y sucedió en el pasado.

Muchas veces la situación histórica recopilada, se pierde en gran cantidad de datos que asemejan inconexión, y que para relacionarlos unos con otros se necesita muchas veces una tenaz fuerza de voluntad, puesto que la atención se pierde dentro de esa multitud de pormenores que parecen separados tenazmente entre sí. Encontrar entonces en los relatos históricos por estricto orden cronológico una verdad que los guíe, es labor de titanes. Más parece que el hombre, desde que es hombre y bajó de un árbol sorprendido de encontrarse distinto de los antropoides que se mantuvieron arriba, no ha sido su historia más que un simple dar saltos las situaciones de un lado para otro, casi sin sentido. La historia cronológica, puede pues hacer creer que todo en el mundo no pasa de ser nada más que un mero azar inexplicable.

Pero el trabajo del hombre no concluye aquí, necesita reducir la inmensa cantidad de datos de que dispone a un previamente determinado grado de unidad; luego que lo ha reducido a ese grado de unidad, entonces

busca, encuentra o finalmente inventa, un designio que guíe a aquella unidad creada por él; ya en este punto concibe con facilidad una ley causal: es decir, que si esto aconteció se debió primordialmente a que se había dado aquélló otro anterior. Con todo esto en la mano, se explica fácilmente el pasado, y no es raro que en muchas ocasiones le dé también por querer explicar el futuro: poseyendo los datos históricos se transforma en profeta.

Llegado a este convencimiento, entonces el hombre, sin mayor problema, ya que es fundamentalmente inclinado a tener por cierto lo que él mismo dice, y más si llega a convencerse de que su posición se ha elevado autoritariamente en artículo de fe, o sea en un dogma, se lanza al campo de hacer de la historia un mito, o de hacer mítico lo que ha tenido por historia. De esto sobran ejemplos, los vemos desde el anónimo redactor del libro inicial de la Biblia, "El Génesis", pasando luego por San Agustín, para culminar en Hegel y Marx para unos, o en Max Weber, Toynbee o Sonokin para otros.

Pero, como lo probable es que tanto para unos como para otros sus dichos y opiniones sean ciertos, según se interpreten, crean esos mitos para explicar ese orden que

se da en el caos, encontrando unidad en lo que parece disperso. Así los historiadores —puede decirse—, lo son plenamente cuando cuentan lo que ha sido, sin desfigurar ni parcializarlo para que llegue a soportar una u otra teoría, y los filósofos —no todos, pero sí la gran mayoría—, toman la historia —lo que ha sido—, y la encogen y estiran para que sustente sus propias teorías, en la forma más conveniente para que el idealismo o el materialismo del autor filósofo, no venga a ser impertunado por algún rebelde hecho histórico incómodo, que con fuerza proteste contra ese estrujamiento temerario a que ha sido sometido, para que no desentone con su presencia en el orden teórico preconcebido.

Si esto se presenta, hay una solución, ver lo que sucedió —el hecho histórico—, desde el punto de vista que mejor se preste a la intención del filósofo, por supuesto, sin desfigurarlos.

De tal modo, se hace pura historia —o historia para—, cuando se narra lo que ha sucedido tal cual sucedió, aunque sea en medio de su aparente desorden, y se hace filosofía de la historia cuando se dice la historia, pero sujeta a grandes concepciones preconcebidas, con buena o mala intención.